

pentinos ataques contra las pequeñas divisiones de la escuadra cristiana que había seguido al ejército de los peregrinos hasta Mansurah; sus tropas terrestres pasaron unas veces el Nilo y otras el canal, y atacaron á los cruzados á retaguardia. El rey Luis dió orden, en tales circunstancias, de fortificar bien el campamento que había ocupado con los suyos en el extremo de tierra entre ambas aguas, y no solo colocar muchas máquinas de guerra para defensa de los que trabajaban en el dique, sino además levantar dos enormes torres, al abrigo de las cuales se lanzaban piedras al canal, mientras que desde sus almenas se disparaban flechas y dardos contra los musulmanes. El dique adelantó poco á poco; pero cuando ya se acercaba á la otra orilla, los enemigos dirigieron las aguas del canal por los llanos que detrás tenía, é inundaron á los trabajadores. Los franceses no se desanimaron por esto; pero cuando fueron incendiadas las torres desde las obras de defensa del enemigo, y luego que sufrió la misma suerte una tercera torre que levantaron con grandes esfuerzos, el rey y los barones cayeron en el mayor abatimiento. Las masas del ejército se indisciplinaron en aquel triste trance, reinando entre las tropas, por una parte discordias y desobediencia contra los superiores, y por otra sombría desesperación y hasta escarnios crueles contra el cristianismo, porque «el Dios que se llamaba Señor de los ejércitos, había sido tantas veces vencido por sus enemigos, y la ley de Mahoma era por lo tanto mas poderosa que la fe de Jesucristo.»

En tan amarga necesidad se ofreció un beduino á enseñar al rey Luis, á cambio de una buena recompensa, un vado por el canal, algo mas abajo del campamento cristiano. El rey aceptó este ofrecimiento, y muy pronto, el 8 de febrero de 1250, se puso en marcha furtivamente la mayor parte del ejército, quedando el resto para guardar el campamento. El paso se verificó con pocas pérdidas á pesar de la mucha profundidad del canal. Al frente del ejército debían marchar los templarios y á estos seguir el conde Roberto de Artois; pero éste suplicó al rey que le dejara el primer puesto, prometiéndole no emprender ningun ataque precipitado. Luis confió en la palabra del príncipe impetuoso y esto fué una calamidad; porque tan pronto como el conde Roberto vió las primeras tropas del enemigo se lanzó sobre ellas con entusiastas gritos de pelea. Los templarios le siguieron, y á rienda suelta galoparon hácia Mansurah, penetraron en ella y asolaron cuanto encontraron á su paso. Pero á espaldas de las filas de los cristianos se reanimaron otra vez los musulmanes, los cuales atacando á Mansurah envolvieron á los internados en una lucha terrible, en la que murieron el conde Roberto, trescientos caballeros franceses, casi todos los ingleses y unos ochenta templarios. Las demás divisiones del ejército cruzado imitaron entre tanto la conducta del príncipe asolando y destruyendo el campamento de los musulmanes fuera de Mansurah y causando infinidad de muertes, entre otras la del emir Fahreddin. Pero tambien aquí se rehicieron un poco los enemigos y obligaron á los cristianos á una serie de combates aislados, causándoles grandes pérdidas. Sus mejores tropas fueron los mamelucos, guerreros turcomanos, «los leones de la batalla» que el sultan Eyub y sus antepasados habían tomado á su servicio (1). La lucha principal se concentró por largo tiempo y de una

(1) Los mamelucos fueron en un principio esclavos destinados al servicio militar. Los eyubitas se valieron de ellos con predilección y formaron una tropa privilegiada mediante al alistamiento que hicieron en varios pueblos y principalmente en las tribus turcomanas. Bajo el reinado del sultan Eyub llegaron á ser tan numerosos é influyentes en Egipto, que poco despues aspiraron á la dominación sobre los príncipes y pueblos en cuyo favor habían prestado sus servicios.

manera sangrienta en la division de caballeros que mandaba el mismo rey Luis. Esta se defendió con valor heroico; y un caballero osado creyó poder hablar todavia un dia de aquella terrible jornada á las damas francesas; pero poco á poco fueron rechazados los cristianos hácia el canal y hasta el mismo Luis estuvo á punto de caer en manos de sus enemigos. Propagóse la desanimación entre las filas, dando lugar á que muchos huyesen por el agua para salvarse; pero la corriente arrastró consigo á los que estaban rendidos apoderándose de sus cadáveres, caballos y armas que corrieron hácia el mar. Entonces, en el momento mas crítico, logró la guarnición del campamento echar un puente sobre el canal y acudir al socorro del rey. Los musulmanes por su parte, tambien cansados, renunciaron á la lucha y dejaron á los cristianos en posesión de la orilla meridional del canal. Con razon celebraron los egipcios este éxito de la batalla, porque las ventajas que los cruzados habían alcanzado fueron una victoria de Pirro; pues no tenían medio alguno de llenar los vacíos que la muerte había causado en sus filas.

Los siguientes dias trascurrieron con bastante tranquilidad. Los cristianos fortificaron tambien el campamento que ocupaban al lado del canal, en su parte meridional, y echaron sobre aquel puente de que se ha hecho mérito, otro mas sólido. El 11 de febrero se presentaron los enemigos con grandes fuerzas, atacaron las posiciones de los peregrinos por todos lados, cayeron sobre ellos con teas encendidas y con armas, quemaron las nuevas fortificaciones que habían hecho de madera y penetraron por todos los sitios del campamento. Se necesitó toda la perseverancia de los cruzados y la del mismo rey para cansar poco á poco á los musulmanes que ya se creían victoriosos y obligarles á abandonar el teatro de la batalla.

La fuerza de resistencia que los cristianos mostraron aquel dia, les proporcionó un par de semanas de suspensión de hostilidades, turbada únicamente por algunas insignificantes escaramuzas. Sin embargo, no pudieron aprovecharse de dicha suspensión para preparar su marcha contra el Cairo, porque se hallaban ya muy débiles y solo les quedaba la elección entre permanecer sobre el canal de Aschmum ó volver á Damietta. Este último extremo les garantizaba su salvación, al paso que el primero los llevaba á una ruina segura. Pero demasiado orgullosos para retroceder á tiempo delante del enemigo, se quedaron un dia tras otro en el campamento sin cuidarse de nada, hasta que el peligro mortal en que se hallaban no pudo ya ocultarse al ojo mas ofuscado.

El 27 de febrero llegó á Mansurah el jóven sultan Turanschah y su llegada dió nueva vida á la empresa guerrera de los egipcios. Verdad es que la nobleza valiente de los cristianos no fué atacada por el enemigo en un principio; pero un número de embarcaciones egipcias penetró en secreto en el Nilo, entre Mansurah y Damietta, para desde allí atacar por retaguardia á la escuadra de los peregrinos. De repente se vió ésta acometida por el frente y por la espalda y sucumbió completamente al doble empuje del enemigo. Luego no fué difícil á los musulmanes interceptar la comunicación por tierra entre Damietta y el campamento de los cruzados. Las caravanas que habían de llevar víveres al canal de Aschmum cayeron en poder de las tropas egipcias, y esto dió lugar á que se sintiera el hambre en el campamento de los cristianos, que juntamente con el calor abrasador del suelo africano causó horribles y devastadoras enfermedades. El rey Luis comprendió al fin que estaba obligado á dar un paso atrás: abandonó el campamento del Sur del canal y conservó únicamente los puentes que sobre él había echado, juntamente con un trozo de puente sobre la otra orilla. Tambien ofreció al sultan la paz, y prometió evacuar á Damietta si devolvía el

reino de Jerusalem á los cristianos. Pero Turanschah no quiso acceder y pronto obligó á los cristianos la dura necesidad á abandonar por completo las posiciones del canal. En la noche del 4 al 6 de abril debían procurar los restos del ejército y escuadra ganar el camino de Damietta; pero los enemigos vigilaban y notaron los preparativos que hacían los franceses para la marcha. Además la emprendieron con tanto miedo, tanta prisa y tanta confusión, que ni siquiera destruyeron los puentes que tenían sobre el canal de Aschmum, y por tanto los enemigos fueron por decirlo así invitados á perseguirlos mas de cerca. Apenas habían comenzado la retirada los peregrinos, cuando los musulmanes se presentaron por todas partes detrás de ellos. Hubo un serio combate en el cual algun noble y valeroso caballero prefirió alcanzar la corona del martirio á rendirse á los «paganos.» Por lo demás, tuvieron estos últimos toda la ventaja y dieron muerte á su gusto, entre los cristianos, á aquellos que, cansados y enfermos, apenas podían marchar y mucho menos manejar las armas: el resto cayó prisionero. El rey Luis hubiera podido tal vez salvarse si se hubiese adelantado á los suyos segun se le había aconsejado; pero ni siquiera accedió á esto aquel piadoso guerrero que ocupó por el contrario su puesto en la retaguardia del ejército. Tampoco pudo luchar mas, pues había sufrido mucho en la epidemia del campamento, y se quedó al fin tendido en el suelo profundamente rendido, descansando su cabeza sobre las rodillas de una pobre mujer que se encontraba allí casualmente. Se esperaba de un momento á otro su fin, pues los musulmanes ya se acercaban. Pero fué hecho prisionero como sus hermanos y como aquellos que se habían librado de la muerte con que les amenazaba el enemigo sediento de victoria, ya en los barcos, ya en tierra. Casi nadie se escapó.

En el campamento de Turanschah estalló un júbilo indecible cuando se hizo pública la noticia de aquel grande resultado. «Si quieres formarte una idea del número de los muertos,—escribía el sultan á su gobernador de Damasco,—imagínate el número de arenas que contiene el mar y no te equivocarás.» Los prisioneros fueron llevados á Mansurah; millares de ellos, principalmente la gente pobre, con inclusión de los caballeros, fueron poco á poco asesinados; el rey, sus hermanos y los demás señores principales fueron tratados con grandes consideraciones y hasta con respetuosa delicadeza, porque el sultan esperaba hacer con ellos un tratado ventajoso. Comenzaron las negociaciones, y como los franceses no se dejaban arrancar otras concesiones por las amenazas, llegaron pronto á un resultado, es decir, á que el rey evacuase á Damietta para alcanzar su libertad y pagara un millon de piezas de oro, ó sean, diez millones de francos por la libertad de sus compañeros. Como el rey Luis, lleno de liberalidad, nada opuso á la considerable suma que se pedía por el rescate, Turanschah no quiso dejarse vencer por la generosidad de su prisionero y rebajó espontáneamente la suma pedida á 800,000 piezas de oro.

Los padecimientos que debían soportar los cruzados franceses no terminaron con este tratado. Turanschah era un jóven ligero é impresionable, el cual, á pesar de la brillante victoria que había obtenido, provocó contra sí una grande enemistad en el Egipto. La sultana viuda, Schedscher Eddurr, los emires mas importantes del país, los valientes mamelucos, todos en fin, á quienes debía el sultan el trono y la victoria, habían sido ofendidos por él en diferentes ocasiones, haciéndoles desaires y favoreciendo en su lugar á los compañeros de su juventud, á los que poco antes había llevado consigo á Egipto. Los primeros, es decir, los emires, temían para sí cosas peores tan pronto como el sultan se viera consolidado en el trono por la reconquista de Damietta, y estalló una

conspiración contra la vida de Turanschah. El 2 de mayo cayó sobre él con la espada desnuda el emir de los mamelucos llamado Bibars, guerrero de gran talento y de indomable carácter, pero solo logró herirle. Inmediatamente despues se sublevaron en masa los mamelucos, penetraron en el palacio del sultan y le dieron muerte del modo mas cruel.

Los cristianos prisioneros eran testigos de aquellas horribles escenas, y temían que la rebelión se volviese tambien contra ellos. Halláronse, en efecto, en serio peligro durante la terrible confusión que siguió á la muerte de Turanschah. Pero poco á poco se calmó la agitación; Schedscher Eddurr fué reconocida como regente; el emir Eibek, colocado á su lado en calidad de administrador del imperio, y el tratado que se había concluido con el rey Luis, no solo fué confirmado, sino variado favorablemente para los cristianos, estipulándose que al obtener libertad pagaran únicamente la mitad del rescate y el resto á su llegada á Siria.

En Damietta, entre tanto, corrían opiniones muy variadas sobre lo que debía hacerse. A la noticia de la destrucción del ejército de los cruzados, una parte de los cristianos allí residentes había querido abandonar la ciudad cobardemente; pero dentro de sus murallas se hallaba Margarita, la esposa de Luis, la cual había hecho la peregrinación hasta allí, donde en aquellos momentos había dado á luz un hijo al que se puso el nombre de Juan, nombre que, en memoria del triste tiempo en que empezaba á vivir, se le cambió por el de Tristan. La noble señora no se acobardó á pesar de su situación, por tantos conceptos critica; antes bien influyó con su palabra, como con promesas de regalos pecuniarios, para que sus compañeros de fe no abandonasen á Damietta hasta que el rey alcanzara su libertad. De esto parece que casi resultó un nuevo peligro; pues segun se cuenta, los mismos hombres que en los primeros momentos tuvieron miedo y pensaron únicamente en la huida (eran principalmente comerciantes italianos), se opusieron despues á todo trance á la entrega de la ciudad, de igual modo que había sucedido en el año 1221.

El 6 de mayo fué el dia señalado para la libertad de los principales prisioneros; pero hasta el último momento tuvieron miedo y zozobras, porque apenas habían evacuado á Damietta los cruzados, cuando hordas salvajes de guerreros musulmanes invadieron la ciudad y asesinaron á una multitud de aquellos que habían quedado en ella por causa de enfermedad y que debían haber sido respetados segun lo estipulado en el tratado. Al propio tiempo pensaron los emires que quizá seria mas ventajoso para ellos el retener en el cautiverio al rey y á los barones. Hombres respetables se pronunciaron en contra de la libertad de los prisioneros, y solo la avidez de la mayoría, codiciosa del rescate prometido, hizo que, á lo menos bajo este punto de vista, no fuese violado el tratado. Ya era muy entrada la noche, cuando Luis y los suyos fueron puestos en libertad y pudieron reunirse con sus compañeros mas dichosos que les esperaban en Damietta.

A la mañana siguiente emprendieron el viaje para su patria algunos barones, no teniendo mas pensamiento que el de huir del país que los había precipitado en tan insoportables sufrimientos. Luis, por el contrario, se quedó un par de dias en las costas de Egipto, porque quiso pagar, segun había prometido, la mitad del rescate, y procurar con esto la libertad de su hermano, el conde Alfonso de Poitiers, que había sido retenido en rehenes por los enemigos. A duras penas pudo juntar la enorme cantidad de 400,000 piezas de oro. Quiso satisfacerlo todo y para ello solicitó un empréstito á los templarios que le acompañaban, porque sus propios recursos no eran suficientes, mas como estos declararan que

no podían disponer individualmente del tesoro de la Orden, tuvo que limitarse á tomar simplemente la cantidad que por el pronto se necesitaba. Despues que los musulmanes fueron satisfechos completamente, se dirigió el rey á la costa para embarcarse, y antes de verificarlo llegó su hermano Alfonso que acababa de recobrar su libertad. Despues de tantos sufrimientos, se embarcaron juntos, dirigiéndose á Acre, donde les esperaba el mas cordial recibimiento.

¿Podía desde allí continuarse la cruzada? Luis solo tenía á sus órdenes algunos condes y caballeros, que casi sin excepcion deseaban ardientemente regresar á su patria, y cuyos deseos se afirmaban mas y mas por las noticias que llegaban de Francia. En la patria no habian querido dar crédito á la noticia de la catástrofe del soberbio ejército de cruzados, hasta el punto de que los primeros mensajeros que habian anunciado la triste nueva habian sido perseguidos como impostores y aun algunos de ellos ejecutados; pero poco á poco el público se convenció de la verdad de la terrible noticia, y comenzó á temer que los adversarios de la corona de Francia, principalmente los ingleses, se aprovecharan de la favorable ocasion para renovar sus antiguas hostilidades. La reina Blanca exhortó por esto á su hijo que volviese á Francia tan pronto como le fuera posible. Pero Luis era de otra opinion y perseveró firmemente en ella, á pesar de que en un consejo de guerra celebrado en Acre, se opusieron á su idea todos los barones franceses, excepto uno, el señor de Joinville, senescal de Champagne, el cual, tanto por su valor, como por su carácter franco y por su buen humor, aun en medio de los pesares, se habia hecho muy simpático al rey hacia ya tiempo, y desde entonces intimó mas y mas en su amistad. Apoyado en su parecer, declaró Luis que se queria quedar todavía algun tiempo en Tierra Santa.

Esta resolucion del monarca estaba por lo demás justificada por la circunstancia de que el arreglo con los egipcios no habia aun terminado completamente. Hasta entonces no habian salido del cautiverio mas que un número regular de señores nobles, y quedaban todavía prisioneros muchos cristianos que en parte habian caído en poder de los musulmanes durante la última campaña y los demás en años anteriores. Al espirar el tratado estaban obligados los emires á poner en libertad á todos aquellos desgraciados, y lo mismo á todos los enfermos, los cuales podían quedarse en el país del Nilo hasta su restablecimiento. Muchos de estos habian sido asesinados por los enemigos indisciplinados al ocupar á Damietta, y por esta razon se sentia mas obligado en conciencia el piadoso Luis á hacer en favor de los desgraciados que sobrevivian todo cuanto le fuera posible. Mandó al efecto un embajador cerca de los emires para recordarles el cumplimiento de lo pactado. El resultado de este paso fué de escasa importancia; pues en lugar de muchos miles solo fueron puestos en libertad algunos cientos de prisioneros, algunos de los cuales porque se hallaron en la posibilidad de pagar su rescate á parte. Poco despues se presentó una ocasion favorable para alcanzar de los emires por medio de las amenazas, lo que no habian querido conceder espontáneamente. El asesinato del sultan Turanschah ofendió profundamente á los musulmanes sirios, que no querian ser gobernados por oficiales egipcios. Se levantaron pretendientes á la dignidad de sultan, y uno de ellos, el príncipe Yusuf de Alepo, biznieto de Saladino, se apoderó de Damasco y avanzó desde allí hácia el Sur ofreciendo á los cristianos una alianza para la lucha contra el Cairo. En el país del Nilo se habia operado tambien un cambio: los emires para reforzar su situacion habian apartado del gobierno á la sultana Schedscher Eddurr y colocado en el trono al príncipe Muza, nieto de Alcamil; sin embargo temian no ser bastante fuertes para contrarrestar el poder

de los damascenos y cristianos unidos. Por esto, cuando Luis les amenazó con hacer alianza con el príncipe Yusuf, si no cumplian lo estipulado, dieron nuevamente libertad á mayor número de caballeros, escuderos y niños, y renunciaron tambien á la segunda mitad del rescate que aun les debía el rey.

Mientras todo esto acontecia, trascurrió largo tiempo y á la vez se fué despertando en Luis el deseo de emprender nuevas hazañas en favor de Tierra Santa. Las fuerzas de su ejército se habian disminuido notablemente; pues las mortíferas enfermedades que habian contraído, principalmente por los sufrimientos pasados, habian hecho grandes estragos; y además porque habian regresado á Francia casi todos los señores principales, entre ellos los condes de Poitiers y de Anjou. Sin embargo, esperaba el rey poder entrar pronto en campaña con un poderoso ejército, calculando que la patria no le abandonaria completamente. En agosto de 1250 exhortó á sus súbditos por medio de una elocuente circular á que se embarcaran en la primavera siguiente á fin de expulsar á los enemigos de Jesucristo de los Santos Lugares. Entre tanto, esperando á que le llegasen nuevas tropas, se ocupó en hacer una expedicion á Nazaret, que realizó con el mas humilde recogimiento y compostura, llevando sobre su desnudo cuerpo una camisa de pelo; y tambien en reconstruir la destruida ciudad y las fortificaciones de Cesárea.

Francia no fué del todo insensible al llamamiento de socorro de su piadoso monarca; pero el movimiento que se inició entonces fué la sepultura de las postreras esperanzas de Tierra Santa. Mientras que se negaban resueltamente á hacer nuevos sacrificios en favor de Jerusalem los duques, condes y caballeros, la gente baja poseída de irreflexiva impetuosidad se levantó en masa como en los dias de Pedro el Ermitaño, y en su ciego entusiasmo atrajo sobre sí y sobre la causa de la santa Cruz amargas calamidades. Por la Pascua del año 1251 se levantó en la Picardía y en Flandes, comarcas en las cuales, ó en cuyas inmediaciones habia antes predicado Pedro, un anciano fanático que se decia llamado á la predicacion de la cruzada por una orden de la Virgen María. Le llamaron el maestro húngaro, por ser oriundo de Hungría, y despues de su fin desgraciado le echaron en cara que habia sido un apóstata, que habia aprendido la magia entre los musulmanes y tenido únicamente la intencion de entregar cristianos sin cuento al sultan de Babylon (Cairo), para que este ganara influencias sobre Francia. En realidad queria el maestro marchar con fuerzas armadas contra el islamismo; pero se dirigió á los aldeanos y pastores, porque decia que Dios estaba disgustado del orgullo de los grandes y caballeros, y queria dar á los pobres y despreciados el honor de salvar el Santo Sepulcro. Millares de personas se unieron en torno suyo; hizo prodigios y milagros; chicos y gente perdida se mezclaron con el ejército de los aldeanos, que pronto cayó como una calamidad sobre distintos lugares. Unos robaban y asesinaban, porque lo podían hacer todo impunemente; otros solo robaban para saciar su hambre; pero influyó en peor sentido todavía el espíritu de rebelion difundido por la doctrina del maestro. Como no eran los nobles, sino los humildes, los que habian de libertar á Jerusalem, parecia que estos eran los llamados á ocupar los primeros puestos, sobre todo los de cargo espiritual. Creyeron que ya no necesitaban ni al Papa, ni á los obispos, ni á los sabios teólogos, ni á los frailes; ellos bendecian, separaban los matrimonios, predicaban y absolvian los pecados. Los sacerdotes que se les oponian eran cogidos, maltratados y condenados á muerte. Al fin llegaron, como siempre hasta entonces habia sucedido en los movimientos populares, á una terrible persecucion contra los desgraciados judíos.

La expedicion de estos fanáticos feroces, llamados «pas-

torcillos», se dirigió desde Amiens á Paris y Orleans hasta Bourges. Su gran número, que ascendia hasta 100,000, les sirvió de proteccion durante algun tiempo; pero cuando mas allá de Bourges fué muerto el maestro por un hombre que no dió fe á sus milagros, se disolvió pronto toda la masa. Los mas prudentes regresaron á su patria; y los mas exaltados armaron peleas y luchas con sus correligionarios, ó fueron detenidos por las autoridades y condenados á muerte. Toda aquella loca empresa dió solo por resultado el propagar la aversion contra las predicaciones de la cruz á mas anchos círculos.

De Francia apenas podia ya Luis esperar socorro; y los reyes de Castilla y de Inglaterra que habian entonces tomado la cruz, tampoco le enviaron refuerzos, porque el uno murió poco despues, y el otro se valió de su voto de peregrinacion, únicamente para llenar sus cajas con los ingresos de la contribucion de la cruzada. Mas daños causó todavía la conducta del Papa á los intereses de Tierra Santa. Verdad es que Inocencio IV, accediendo á los ruegos del rey Luis, exhortó á las naciones para la cruzada; pero al mismo tiempo continuó haciendo la guerra á los príncipes de la casa de Suabia con el mayor apasionamiento. El emperador Federico, que sintió profundamente el descalabro de los franceses en Egipto, y que habia trabajado por la libertad de los prisioneros en el Cairo, murió el 13 de diciembre de 1250. Su hijo y sucesor, Conrado IV, fué perseguido por el Papa con el mismo odio implacable; se predicó contra él la cruzada; los cruzados debían ensanchar los dominios de la Iglesia en Europa y no en Oriente. ¿A quién pues habian de pedir sacrificios para la guerra contra el islamismo?

El rey Luis no podia salir inmediatamente de Siria despues de haber sido defraudado en sus esperanzas: «ni esta ni ninguna otra desgracia, decia, puede separarme del amor de Jesucristo.» Todo el año de 1251 estuvo trabajando con grande afan en las murallas de Cesárea; y de tiempo en tiempo dirigió nuevas súplicas á la cristiandad que no fueron atendidas en lo mas pequeño. En la primavera de 1252 le pareció que se le ofrecia ocasion propicia para trabajar con mas éxito; pues los egipcios, que se hallaban en guerra con los musulmanes sirios, le ofrecieron una alianza contra estos últimos. Luis se dirigió á Joppe para reunirse con los egipcios; pero los enemigos ocuparon á Gaza con grandes fuerzas, obligando así á los franceses á permanecer inactivos en Joppe. El rey empleó el ocio á que se vió condenado en fortificar la ciudad con murallas y nuevas torres. Él mismo llevaba piedras para la construccion, á fin de merecer así el perdón de sus pecados. Durante su estancia en Joppe le buscaron Lucía, viuda de Boemundo V de Antioquia, que acababa de morir, y su hijo Boemundo VI, para que decidiese las diferencias que habian surgido entre los dos. Lucía era la soberana de Trípoli y de Antioquia, pues que su hijo no habia llegado aun á la mayor edad; pero vivia casi siempre en la primera de las dos ciudades, exponiendo con esto á serios peligros á las demás, que hostilizadas sin cesar por los turcomanos necesitaban de mayor defensa. El hijo, jóven de grandes dotes y de gran desarrollo, deseaba recibir por lo menos á Antioquia para administrarla por sí; y logró sus deseos con ayuda de Luis, y se dedicó en lo sucesivo á la valerosa defensa de la antigua capital de sus antepasados.

En el año 1253 cambió de repente la situacion de los cristianos de Oriente. Los egipcios y los sirios hicieron la paz entre sí, formando un poderoso ejército de enemigos que podia aplastar sin gran trabajo á los cruzados cuando lo tuviese por conveniente. Las tropas damascenas, que habian ocupado hasta entonces á Gaza, regresaron á su país causando espanto á los habitantes de Joppe y de Acre; penetra-

ron en Sidon, que poco antes habia sido tomada por los musulmanes, y mataron y quemaron con horrible ferocidad. Luis les siguió con un pequeño ejército desde Joppe en direccion del Norte, propuso á su gente en el camino atacar á este ó aquel lugar de los enemigos, dando con esto ocasion á que una parte de sus caballeros hiciese una tentativa para atacar á Banias, y al fin se volvió á Sidon. Como las tropas damascenas ya se habian marchado de esta plaza, se ocupó Luis en dar tierra á los cadáveres y en reconstruir las murallas destruidas. Él mismo ayudaba á llevar á los sepulcros los cadáveres que ya se hallaban en estado de putrefaccion.

De este modo hubiera podido Luis continuar mucho tiempo todavía en Siria; pero los cristianos empezaron poco á poco á manifestar sus deseos de abandonar la Tierra Santa, temiendo de seguro que su presencia estimularia á los musulmanes á atacarlos. Tambien á fines de noviembre de 1252 murió su prudente madre Blanca, y Francia pedia á su rey, que entonces estaba mas obligado que nunca á defender el Estado contra los enemigos del interior y del exterior. Todo esto comenzó á desquiciar la constancia de Luis; sin embargo, imploró aun entonces á Dios por medio de procesiones para que le diese alguna señal de si debía quedar allí ó regresar á su país, y al fin, el 24 de abril de 1254, se embarcó en Acre con su mujer é hijos. El barco del rey sufrió mucho á causa de la niebla y de la tempestad; pero las oraciones y votos llevaron á los ánimos de los creyentes la fe en la salvacion de todo peligro, y á fines de junio desembarcaron felizmente en las costas de Francia.

Su pueblo le recibió con grande entusiasmo. Aunque la cruzada habia tenido tan malos resultados, y á pesar de que se podia hacer responsable á Luis de mas de una falta en la direccion del ejército, todo esto quedó subsanado por la admirable conducta que habia observado el rey lo mismo en la victoria que en las derrotas mas terribles. El rey se ofreció á los franceses como el ideal de los caballeros cristianos. Todo lo grande y sublime que veneraban en los nombres de Pedro el Ermitaño y de Godofredo de Bullon recibió en él su última expresion. Era un hijo fiel de la Iglesia sin servir á ninguna tendencia jerárquica. Piadoso hasta el fervor y humilde hasta imponerse tormentos ascéticos, no perdió de vista las condiciones esenciales de nuestra existencia y se mostró ante todo buen esposo y cariñoso padre. Valiente como el mejor de sus caballeros, inflexible contra los golpes mas duros de la fortuna, liberal hasta el heroísmo para con las personas que le rodeaban y mezquino para su propio cuerpo, ejercitó las virtudes que, despues de su muerte, le aseguaron como santo un puesto en los altares de la Iglesia.

CAPÍTULO XI.

FIN DE LA DOMINACION CRISTIANA EN ORIENTE (1)

SIRIA DESDE 1254

Al abandonar el rey Luis la Tierra Santa el año 1254, pudo quedar resuelta la cuestion de la duracion ó no duracion del dominio de los cristianos en aquel país enfrente de los

(1) Wilken, Historia de las Cruzadas, tomo VII. Weil, Historia de los califas, tomo IV. Faure, Histoire de Saint Louis. Wallon, Saint Louis et son temps. De Mas Latrie, Histoire de l'île de Chypre. Heyd, Historia del comercio de Oriente en la Edad media. Wilcke, Historia de la Orden de los templarios.—Ferner: Rohricht, La toma de Acre por los musulmanes (1291); impresa en las Investigaciones para la historia alemana, tomo XX, 1879. Hawemann, Historia del fin de la Orden de los templarios, Stuttgart y Tubinga en 1846. Michelet, Procés des Templiers, 2 tomos. Paris 1841 y 1851. Prutz, Doctrina y estatutos secretos de la Orden de los templarios, Berlin 1879. Heeren, Ensayo del desenvolvimiento de las consecuencias de las cruzadas para Europa. Obras